

EL PANEL DE LAS MOMIAS

Leonor Herrera

Cuando Roberto Pineda me invitó a participar en el panel “Arqueólogas en acción”, que hacía parte del simposio “Antropología y arqueología hecha por mujeres”, en el XIV Congreso de Antropología en Colombia, que tuvo de lugar en Medellín, en el 2012, quedé un poco en la luna.

Acepté, aunque no entendía qué era exactamente un panel. Asociaba el término con un cartel, afiche, poster, con algo así como un bastidor plegable, una armazón vertical para temprar láminas, como lo que usa el Museo del Oro en sus exhibiciones itinerantes. Me podía imaginar a Clemencia, Marianne¹ y a mí colgando de un panel, pero no en nuestro estado actual, pues todavía estamos bastante activas; tal vez en un estado póstumo y superior: el de momias. De ahí salió el “Panel de las momias”. Algún antropólogo, al cual le comenté que íbamos a participar en un panel con ese nombre, se ofendió. No sé si conmigo, con el panel o con Roberto Pineda. Creo que se lo tomó demasiado en serio. Bueno, pensándolo bien, admito que tal vez había oído hablar de algo así como un “panel de expertos”, pero no me imaginaba cómo podría funcionar. Traté de concretar la cosa con la auxiliar de Roberto en la organización del simposio, una jovencita simpática, quien me dijo que mi participación consistía en transmitir mis experiencias como arqueóloga, principiando por lo que me había inducido a escoger esta profesión.

Como me temía, la cosa era “hacer el oso” ante una audiencia. Mis compañeras de panel tampoco tenían claro de qué se trataba; Clemencia, con más cancha para hablar en público recomendó incluir un par de anécdotas. Decidí no preparar nada. No suelo hablar en público sin haberme preparado antes y hasta hace poco leía mis ponencias porque me considero mala expositora.

Como estábamos concentradas en los simposios de arqueología, nos sentimos excusadas de llegar al simposio de Roberto con apenas un cuarto de hora de anticipación al comienzo de nuestro

1 La autora se refiere a las antropólogas Clemencia Plazas y Marianne Cardale de Schrimppff. [Nota del editor]

espectáculo. En ese momento, una antropóloga joven terminaba su ponencia sobre la vida y obra de Ximena Pachón. El tema de la ponencia estaba en el auditorio. Y que me perdonen Ximena y otros temas de las ponencias de esa mañana, pero me dio vergüenza ajena. Comprendí que los antropólogos-antropólogos son distintos de los antropólogos-arqueólogos. Entre los últimos no habría prosperado un simposio así.

El simposio se desarrollaba, no en un salón de clases, sino en un auditorio: la audiencia en penumbra, el escenario iluminado (muy dramático). Roberto nos presentó y tengo que admitir que hizo bien la tarea: se había documentado sobre nuestra vida y milagros. Habló primero Clemencia, luego yo y después Marianne. Y ¡uf! salí de eso, o por lo menos así lo creí, porque antes de terminar el año 2012 ahí estaba Roberto pidiéndome el texto (entre 10 y 15 páginas y una foto) para la publicación. Le pedí que me aclarara si lo quería tan “folclórico” como la presentación y me lo confirmó.

Por ahí a mediados de la década de los años sesenta del siglo xx, me iba a graduar de bachiller en el Colegio Estados Unidos, de Bogotá. Gladys Uhl, la directora, me hizo ir a su oficina para preguntarme qué iba a estudiar. Yo no sabía muy bien y, por contestar algo, le dije que me interesaban las antigüedades egipcias. Entonces, me comentó que unos amigos suyos estaban por abrir la carrera de antropología. Tal vez era la primera vez que oía esa palabra y, de momento, no le di importancia al asunto, pero me quedó zumbando, así como la idea, sutilmente sugerida, de una posible beca de estudios. De todas maneras, pudo ser ese el momento en que empecé a preocuparme por mi futuro y a pensar seriamente en escoger una profesión. Concluí que, como me gustaba tanto leer, debía estudiar filosofía y letras o periodismo.

Otra cosa pensaba mi mamá (“el hombre fuerte” de la familia). Surgió entonces una situación paradójica. Recién graduada del bachillerato, mi mamá entró a estudiar arquitectura, pero no pasó del primer semestre: la carrera era para muchachos y, si acaso, jovencitas de la élite. Mi mamá, huérfana y criada por sus tíos en una familia de clase media muy modesta, no tenía los recursos necesarios para camuflarse en ese entorno exigente y fue sutilmente rechazada: le hicieron “el vacío”. Como en el colegio le habían enseñado mecanografía y taquigrafía, no tuvo dificultad en encontrar trabajo como secretaria. Ahora,

no parecía querer que yo estudiara, sino que siguiera su camino: ya me tenía preparado un puestico de auxiliar de secretaria en la oficina de uno de sus antiguos empleadores. (En el fondo, mi mamá pensaba que solo con mi hermano valía la pena sacar adelante un profesional, porque una década más tarde, cuando mi hermana se graduó como bachiller y andaba despistada pensando en estudiar biología marina, como resultado secundario de unas vacaciones en Cartagena, mi mamá quería que montara una floristería. De no ser por la campaña que mi hermano y yo hicimos en contra, la historiografía colombiana no contaría con esa luminaria que es Marta Herrera).

Como parecía que la única opción económicamente posible para mí era la Universidad Nacional de Colombia, me preinscribí en Filosofía y Letras. Al enterarse, mi mamá “armó un tierrero”: la Universidad Nacional de Colombia era un antro de perdición para las jovencitas decentes, allí toda clase de peligros las acechaban. Mi papá, un bohemio y el “hombre débil” de la familia, no puso reparos, pero tampoco me apoyó, se hizo al lado. Es una lástima, porque siendo yo la más parecida a él entre sus hijos, tal vez me entendía mejor que mi mamá. Algunas veces he dudado de si la antropología fue la mejor escogencia.

Decir “escogencia” es exagerado, porque tuve que olvidarme de Filosofía y Letras en la Nacional. (No sé cómo lo logró Ximena Pachón; es decir, entrar a la Nacional. Uno o dos años después coincidimos en una fiestecita de viernes por la noche en casa de unas amigas comunes. Llegó con otra jovencita parecida a ella: medias negras, minifalda, maquillaje exagerado, fumando, con unos gestos y poses verdaderamente escandalosos. Entonces le di la razón a mi mamá).

Cuando mi mamá captó que la opción de antropología era en la Universidad de los Andes montó una campaña para que me inscribiera allí, usando la zanahoria de una supuesta beca. De manera que una tarde cualquiera llegué sin alientos al Departamento de Antropología, después de un ascenso arduo y peligroso (en tacón puntilla) por esos camellones empedrados. Allí encontré a Gerardo Reichel-Dolmatoff y a su esposa Alicia Dussán, “cual caimán en boca de caño”, a la espera de los bachilleres despistados que por allí asomaran. Habían abierto, tal vez un año antes, como departamento de servicios, pero se habían propuesto crear la carrera y para eso necesitaban estudiantes, que la antropología no estaba atrayendo. Desplegaron todo su encanto, pues

había que agarrar lo que se presentara. Por ejemplo, Álvaro Sarasty, quien se había decidido por la aviación, acompañó a una amiga a averiguar sobre antropología y quedó reclutado. Hubo uno que otro caso similar. Por supuesto, por allí no estaban ni mucho menos ofreciendo becas, lo cual pronto se aclaró, pero dado que mi examen de admisión tuvo una calificación por encima del promedio de los preinscritos, los Reichel me ofrecieron un puesto de medio tiempo como auxiliar de laboratorio y para la matrícula finalmente conseguí uno de esos viejos préstamos subsidiados de ICETEX.

Pasaron cuatro años, pasaron muchas cosas, pero poca arqueología, con excepción de la clase memorable de Arqueología de Colombia, dictada por el doctor Reichel. Las notas de esa clase y las de Etnología de Colombia son las únicas que conservo, y por mucho tiempo fueron textos de consulta. Pero de experiencia práctica, nada. Silvia Broadbent formó parte de la exigua planta de profesores del Departamento de Antropología y tal vez fue en aquella época que hizo excavaciones en la Sabana de Bogotá; el doctor Reichel hizo excavaciones en San Agustín y a duras penas llevó dos alumnos como auxiliares. En general, en aquella época los arqueólogos no se encartaban con estudiantes si podían pagar buenos trabajadores rasos.

En esos años de universidad nunca tuve dudas de haber escogido la carrera apropiada, pero la arqueología no me atraía mucho. Hice mi tesis de licenciatura entre la comunidad cuna de Arquía y ya graduada trabajé varios años en antropología aplicada. Hice dos especializaciones en estudios urbanos en el exterior y al volver dicté clases de antropología en la Universidad de los Andes, durante un semestre. Luego, conseguí empleo en el Instituto Colombiano de Antropología (ICAN)², como etnóloga de la Estación de La Pedrera, en el Caquetá, para estudiar al grupo yukuna-matapí. Pasé meses haciendo observación participante, pero tal vez era demasiado tímida para esto y fue entonces cuando empecé a pensar que estaba “en el sitio equivocado”: por las mañanas, al abrir los ojos, me decía con desconsuelo “¡ay, otro día!”. Finalmente, al quedar embarazada, me dije que ya no podía desaparecer por meses y meses en la selva amazónica y tenía que buscar otra opción dentro del ICAN. Estando mi hijo de meses, supe que se

2 Actualmente Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICAHN) [Nota de editor].

estaba organizando la expedición Amazonas 77 y que la parte arqueológica estaba a cargo de Warwick Bray (a quien ya conocía). Cuando le solicité a Martin von Hildebrand, quien estaba a cargo del enlace con el ICAN, que me incluyera en el grupo de arqueología, me dijo: “ah, ¿usted quiere participar como auxiliar?”. Humildemente contesté que sí, y además era la verdad: quería aprender. Y aprendí mucho con Warwick y Colin McEwan, su estudiante de posgrado.



Figura 1

Participantes en el Encuentro Internacional de Arqueólogos, organizado por la Universidad del Norte. De izquierda a derecha, de pie: Marianne Cardale de Schrimppff, Álvaro Chávez, Mario Sanoja, Iraida Vargas, Betty J. Meggers, Carlos Angulo, Ivohne Hatti y Julio César Cubillos. Sentados: Leonor Herrera, Anabella Durán de Gómez, Elizabeth Reichel, Clemencia Plazas y Álvaro Botiva. Barranquilla, Colombia, julio de 1980 (fotografía tomada por Clifford Evans, archivo de la autora).

También fue divertido, todo un cambio en el entorno profesional: de un oficio solitario a uno muy social. Esto puede parecer una contradicción, porque si bien un etnógrafo vive rodeado por la comunidad que estudia y puede establecer vínculos fuertes y duraderos con algunas personas, está aislado en el desarrollo de su profesión; mientras que el arqueólogo debe formar parte de un grupo variado de colaboradores, generalmente de su propia cultura, con los cuales con frecuencia tiene que compartir también sus horas libres.

La expedición Amazonas 77 fue organizada por militares británicos, con la colaboración de militares colombianos, para proveer a un grupo de científicos de ambas nacionalidades la infraestructura necesaria para hacer investigaciones en varias disciplinas (medicina, biología, geología, suelos, etnología y arqueología). Aunque para muchas personas pudiera parecer sospechoso un montaje así, no pasaba de ser un pasatiempo británico algo excéntrico (pueden tildarme de ingenua, pero, por otro lado, conozco personas educadas que para entender una situación anómala recurren primero a una explicación tipo complot, y a veces se mantienen en ella con tanta fe, como personas menos educadas en otras situaciones recurren a los ovnis).

La situación política era tal, que cuando los militares colombianos mencionaron que la guerrilla estaba en el alto río Yará (afluente del Caquetá), aquello se oía tan remoto, como si estuvieran en la luna. Había muy poca gente en esa región, menos que en Araracuara, donde Amazonas 77 tenía su base. Hacía algunos años que la prisión de alta seguridad había sido cerrada y quedaban pocas huellas de esta. En un potrero, en una pendiente suave que se alzaba desde la orilla del río, montaron el campamento. Consistía de un conjunto de carpas y un techado amplio donde funcionaba el comedor. Un montón de gente se reunía allí para el desayuno, tal vez más de cincuenta personas, sin contar los soldados rasos que tenían sus “cambuches” aparte.

Y sí, la logística era todo un lujo: bastaba informar a dónde pensaba ir un grupo al día siguiente y, por la mañana, allí estaban listos el bote inflable con motor potente, soldados para encargarse de hacerlo funcionar, las herramientas necesarias, raciones de campaña para el almuerzo, agua potable, etc. De regreso, al anochecer, la comida caliente nos esperaba. Después, los colombianos y algunos de los ingleses hacíamos

un corrillo a la orilla del río; uno de los biólogos había llevado su guitarra y pasábamos horas y horas en la oscuridad, cantando. La oscuridad era uno de esos lujos que permitía ver las estrellas y oír el silencio. El comedor funcionaba con lámparas de gasolina y a nadie se le ocurrió que una planta eléctrica podía aumentar la productividad científica.

Aunque esta expedición solo duró dos meses, en arqueología se comenzó a dar mayor importancia a la formación y composición de los suelos de los yacimientos arqueológicos, con el estudio de las primeras *terras pretas* detectadas en Colombia. Hasta entonces, en los análisis de la estratigrafía, la atención se enfocaba en los materiales culturales más que en las características del medio en el cual se recuperaban. Las *terras pretas* son horizontes de suelo formados no solo por la relación entre materiales parentales, materiales depositados, clima y vegetación; son productos humanos, en muchos casos fabricados intencionalmente.

Uno de los puntos de negociación entre los ingleses y el gobierno colombiano resultó en la adjudicación de varias becas del Consejo Británico a algunos de los colombianos que habían participado. Me dieron la de arqueología y así volví a Inglaterra, en 1978. Entré al Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres a hacer una pasantía; el Centro de Estudios Urbanos de la misma universidad, donde había hecho un curso con una beca anterior, quedaba a unas pocas cuadras, pero a mucha distancia en términos de tema y época de estudio.

Mi pasantía consistió en iniciar la clasificación del material cerámico de Araracuara, bajo la supervisión de Warwick, pero se me permitió asistir a varios cursos dictados en el Instituto de Arqueología.

Poco después de mi regreso a Colombia, en 1979, llegó Warwick a negociar con el ICAN el permiso para iniciar el Proyecto Arqueológico Calima, con financiación suiza. Estando Álvaro Soto en la dirección del Instituto y la aplicación de la famosa Ley 626 Bis en pleno apogeo, la negociación de este proyecto extranjero no fue fácil, pero finalmente se pactó que, como contraprestación, Pro Calima financiaría la participación de estudiantes de antropología colombianos en calidad de auxiliares. Álvaro me puso como copartícipe por el ICAN en el Proyecto y, finalmente, Marianne Cardale de Schrimppff, amiga ya antigua de Warwick y mía, se nos unió.



Figura 2

De izquierda a derecha: Carlos Armando Rodríguez, Julio César Cubillos, Carlos Angulo Valdés, Betty J. Meggers, Leonor Herrera, Mireya Calvo y, al extremo derecho, Víctor Manuel Patiño. Cali, Colombia, 1983 (archivo de la autora).

En la primera temporada de campo, que era de prospección y contactos con dueños de fincas, no llevamos estudiantes, pero a partir del segundo año y como las temporadas coincidían con las vacaciones de mitad de año, empezaron a ir. Esto creó “escuela” y, por la misma época, Gonzalo Correal involucraba a sus estudiantes de la Universidad Nacional de Colombia en sus excavaciones y Miguel Méndez hacía lo mismo en la Universidad del Cauca.

La interdisciplinariedad en la arqueología era algo que ya estaba en el aire, pero Pro Calima la ayudó a aterrizar en Colombia. La multidisciplinariedad se puede hacer con muchas áreas de conocimiento y enfoques. La nuestra tenía que ver primero que todo con el paisaje arqueológico y es posible que desde entonces el término *paisaje* dejara de entenderse únicamente como un cuadro vivo para deleite de los sentidos.

Pro Calima se propuso rescatar las técnicas de manejo del medio ambiente que habían permitido que en épocas precolombinas la región sostuviera una población mayor que la que habitaba allí a finales del siglo xx. Aunque la producción de café era importante en el Municipio de Restrepo, en el de Darién primaba la ganadería extensiva. Sobre grandes extensiones de potreros se observaba cantidad de plataformas artificiales en las cuales las poblaciones prehispánicas habían construido sus viviendas. Las plataformas estaban rodeadas por incontables huellas de adecuaciones agrícolas antiguas. El estudio de este paisaje fue uno de los temas centrales de los que se ocupó Pro Calima durante la década de los años ochenta (figura 3).

En representación del ICAN tuve la oportunidad de participar en congresos, simposios y seminarios, como el taller de seriación que dio la oportunidad a un grupo de arqueólogos de establecer vínculos profesionales y de amistad con Clifford Evans y Betty J. Meggers, entre otros arqueólogos extranjeros (figura 1) y de mantener esos vínculos a lo largo de los años (figura 2).

Participé en otros proyectos en los cuales estaba involucrado el ICAN, como el Proyecto Quimbaya que organizó Jean François Bouchard y que no tuvo continuidad, tal vez en parte porque se enfocó en forma un poco rígida en la técnica del *decapage*, que no se adapta bien al estudio de los restos de ocupaciones relativamente densas, pero poco nucleadas. En el suroccidente colombiano por lo menos, es necesario usar un conjunto de técnicas variadas. Como el resto de los arqueólogos del ICAN, durante la dirección de Roberto Pineda Giraldo, pagué tiempo en Ciudad Perdida. Este sitio arqueológico había sido detectado, estudiado y reconstruido desde el Instituto, pero en determinado momento, dada la complejidad de su manejo, se había creado una fundación ad hoc. Ciudad Perdida y sus estaciones satélites funcionaron en forma más o menos independiente por un tiempo, pero finalmente esa fundación tuvo problemas y, de la noche a la mañana, Ciudad Perdida aterrizó de nuevo en el ICAN, pero no la gente que había estado trabajando allí últimamente. Esa especie de papa caliente la manejó el director enviándonos allí, en riguroso turno y por un mínimo de 45 días. Negocié que mi condena coincidiera con las vacaciones de fin de año para llevar a mi hijo. Como mis colegas, llegué prevenida, pero, a diferencia de ellos, me quedó gustando. En los años siguientes me ofrecí para ir en navidad.



Figura 3

Última temporada de campo de Pro Calima, portada del hotel de Darién. De izquierda a derecha: Leonor Herrera, Warwick Bray, Olga Osorio, Marianne Cardale de Schrimppff, Cristina Moreno y Orlando Otero. Darién, Colombia, 1987 (archivo de la autora).

Participé en otro proyecto que llegó al ICAN: el del belga Sergio Purín, en la Sierra Nevada de Santa Marta, que tampoco prosperó, porque los fondos para continuarlo, que se estaban tramitando en Bélgica, finalmente no se materializaron.

Luego trabajé en Ciudad Antigua, en la vertiente occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta, en un poblado tairona donde la Fundación Pro Sierra Nevada de Santa Marta tenía un campamento de investigación. Quise hacer una especie de estudio regional adentrándome en la misma vertiente, pero la guerrilla me puso de patitas en la calle. A pesar de que un amable funcionario de Parques Nacionales Naturales de Colombia (cuyo nombre no he olvidado), con contactos por todos lados, me acompañó un buen trecho arriba y me recomendó con el primer grupo de “compañeros” que encontramos, apenas pude pernoctar dos días en la casa de un colono, cuando apareció un miliciano con una mula y la orden de escoltarme al punto más cercano donde llegaban esos jeeps destartados que eran la única opción para volver a Santa Marta.

Tuve que olvidarme por el momento de volver por esos lados. Fue en esa época, en 1993, cuando desempeñé fugazmente, por primera y última vez, un cargo importante: Miriam Jimeno, entonces directora del Instituto Colombiano de Antropología, se ausentó y me dejó de directora encargada, por unos días. Aproveché para tomarme una foto en la imponente oficina de la dirección, junto con María Clemencia Ramírez y Roberto Pineda, quienes fueron también directores del ICAN, pero en propiedad (figura 4).

Muy oportunamente para mí explotó entonces el problema con el sitio arqueológico de Malagana, en el departamento del Valle del Cauca. Todo se inició cuando, con maquinaria agrícola, se estaba nivelando un terreno ligeramente más elevado que su entorno, con el fin de mejorar la irrigación de los cultivos de caña de azúcar. Un maquinista destapó una tumba con un ajuar rico en oro. El rumor del hallazgo se difundió y empezó a llegar una multitud de gente picada por la fiebre de oro, que se apoderó del lugar, pese a los esfuerzos de las autoridades.

Después del intento fallido de Álvaro Botiva y David Stemper de trabajar bajo el asedio de los gUAQUEROS, el Ingenio Providencia puso a funcionar en forma continua la maquinaria y los buscadores de tesoros, inexpertos en su mayoría, finalmente se retiraron, no sin que antes

se hubiera desenterrado una cantidad de oro legendaria. Todo iba a retornar a, digamos, una normalidad, pero a Marianne Cardale de Schrimpp se le ocurrió que era una vergüenza que allí no se hubieran hecho otros intentos de recuperar algo más de información. Muchas otras personas pensaban lo mismo, por supuesto, pero tratándose de Marianne, la cosa tomó otro cariz. A continuación, se le ocurrió que si, idealmente, todos y cada uno de los arqueólogos activos en el suroccidente de Colombia dedicara una semana de trabajo ad honorem, la investigación se podría hacer. Allí nació la famosa “minga de Malagana”. Claro que había pequeños detalles que resolver, como la financiación e infraestructura y el permiso de los dueños del predio. Pero Marianne no se arredró, puso a María Isabel Caicedo, Guillermo Barney y el resto de nuestros contactos en acción. Muchas entidades y personas se comprometieron y colaboraron.

Todo estaba casi listo, excepto el permiso del dueño del predio; y eso que la presión no era de simples arqueólogos y funcionarios de medio nivel, sino de la cúpula, empezando por Juan Luis Mejía, entonces director de Colcultura. La situación era como de realismo fantástico: ni el ejército ni la policía, y solo a medias la maquinaria



Figura 4

De izquierda a derecha: María Clemencia Ramírez, Roberto Pineda Camacho y Leonor Herrera. Bogotá, Colombia, 1993 (archivo de la autora).

agrícola que tapaba los huecos y desorientaba a los buscadores, habían podido detener el saqueo, pero el dueño del predio sí podía impedir que el Estado emprendiera una investigación arqueológica en propiedad privada. El pretexto del dueño era que nuestra actividad iba a alborotar a los guaqueros de nuevo y, si eso sucedía, no se podría sembrar caña, el predio no daría rendimientos y podría quedar inutilizado por años. No le faltaba razón, pero finalmente cedió y otorgó el permiso, pero no un permiso amplio, sino restringido a un sector relativamente pequeño del predio.

El sector escogido fue cercado y en un extremo se construyó un campamento de almacén de guadua, techo de tela asfáltica, paredes de esterilla y piso de tierra. Dos letrinas y un tanque de agua, que los bomberos de Palmira se encargaban de mantener lleno, completaban el equipamiento, así como un enorme palo de mango. Afuera del lote, un grupo de soldados camuflados en sus “cambuches” nos cuidaba (de posibles ataques de buscadores de tesoros; también se rumoraba que por esos lados había un paso de la guerrilla). En este punto perdido entre sembrados de caña alcanzamos a permanecer casi seis meses (figura 5).



Figura 5

Parte del grupo que trabajó en Malagana, a la entrada del campamento. De izquierda a derecha: Cruz Tochez, don Julio Jaramillo, Leonor Herrera, Fiona Roe, don Bernardo Rendón, Alejandra Gómez, Miguel Flor, Norberto García, don Miguel Gallego, Sandra Mendoza y Rogelio Bermúdez. Malagana, Colombia, 1995 (archivo de la autora).

Íbamos psicológicamente preparados para descubrir tesoros, pero como necesitábamos contextos para ellos, le sacamos el quite a las zonas ya perturbadas por los saqueadores. Para fortuna nuestra, pero para desencanto de nuestros patrocinadores, el oro estuvo supremamente esquivo, y pronto encontramos suelos enterrados y otras delicias estratigráficas, así como entierros con ajuares modestos, pero con restos óseos que se pudieron estudiar (figura 6).



Figura 6

Alejandra Gómez y Leonor Herrera. Excavaciones de Malagana.
Malagana, Colombia, 1995 (archivo de la autora).

Eso de tener la excavación a escasos metros del dormitorio tenía sus atractivos, como no tener que desplazarse diariamente con un equipo voluminoso. Pero también era una justificación para empezar la jornada de trabajo a las seis de la mañana y tratar de prolongarla hasta el anochecer, así como para trabajar jornada completa sábados y festivos. Por las noches, en el comedor o junto al palo de mango, se armaban las tertulias, pero uno o dos meses después de comenzar, Marianne logró que uno de los ingenios le prestara una planta eléctrica vieja y así produjimos al máximo. Yo estuve a punto de hacer corto-circuito.

Como el sol endurecía la tierra de la excavación, fue necesario techarla con plásticos. Si por fuera el calor era inclemente, por dentro era a veces insoportable; así fuimos liberándonos, primero de los zapatos para no dañar lo que estábamos excavando, luego de los pantalones al tobillo y las camisas de manga larga. Carlos Armando Rodríguez finalmente se quedó en vestido de baño y disfrutó inmensamente de un lodazal que excavaba, hasta que un día se sintió indispuerto y el médico le prohibió este placer.

La minga funcionó bien al principio, pero los posibles voluntarios se agotaron y finalmente el grueso del trabajo recayó sobre Marianne, Carlos y yo. Un día con mucha nostalgia abandonamos el campamento (que ya estaba por caerse víctima del gorgojo) y devolvimos el predio.

El tiempo y los recursos se habían agotado, pero no las posibilidades de investigación. Unos años después, Marianne se consiguió con la Fundación Heinz buena parte de la financiación para otra temporada de campo en Malagana. Esta es una fundación muy exigente, que solo ha financiado a unos pocos colombianos, pero otra vez conseguir fondos fue mucho más fácil que lograr el permiso del propietario. El milagro finalmente lo hizo la intervención de Hilda María Caicedo de Gómez.

Esta temporada en Malagana la hicimos en 2002 y nuestro grupo era pequeño. Fue la segunda experiencia en “arqueología hidráulica” (que es distinta a la arqueología de sociedades hidráulicas, como la que se ha hecho en la Depresión Momposina). El nivel freático en las plantaciones de caña en las cuales trabajábamos es anormalmente alto

por la irrigación. Los horizontes más profundos con material cultural eran inalcanzables porque las excavaciones pronto se inundaban. Entonces, hubo que recurrir a motobombas, que no solucionaron del todo el problema, porque los suelos aluviales en los cuales se excavaba eran inestables y, después de cierta profundidad, las paredes de las excavaciones se derrumbaban, entonces había que erigir barreras de madera, trabajar en declives, etc. En la segunda temporada de Malagana, hacia el final, llegábamos por la mañana a la excavación (que durante la noche se había llenado), se ponían a trabajar tres motobombas simultáneamente que pasaban toda la mañana sacando agua, antes de poder reiniciar la excavación por la tarde.

Últimamente, Marianne y yo hemos “partido cobijas”, en cuanto a trabajo. Marianne armó un nuevo proyecto en el valle geográfico del río Cauca y yo acepté el ofrecimiento de Cristina Moreno de encargarme del Proyecto de Rescate Arqueológico Aerocafé (figura 7), pero seguimos unidas por una vieja amistad, asistiendo juntas a congresos, simposios, etc. También nos une Pro Calima, que ahora es una ONG colombiana.

Mi trabajo actual comenzó en el año 2005 y, como es continuo, tuve que irme a vivir a Palestina (Caldas). Este es uno de los proyectos más grandes, en términos de la cantidad de personas que allí han trabajado y de la extensión del terreno para explorar. Con más frecuencia, la arqueología de rescate maneja trayectos lineales, angostos, por donde se van a construir torres o introducir tubos. Estos proyectos pueden ser muy largos, pero generalmente limitan la exploración a las franjas de suelos que van a ser afectadas. En el caso del nuevo aeropuerto que se construye para el departamento de Caldas, el terreno afectado es un bloque de forma irregular de 110 hectáreas. Se buscó un lugar elevado sin obstáculos cercanos, para facilitar el tráfico aéreo; pero sus amplios panoramas estaban entre las cualidades que atrajeron a sus primeros habitantes, hace unos diez mil años.

La topografía exige nivelaciones, así como rellenos muy amplios y profundos, que no se pueden hacer simplemente amontonando tierra encima de la superficie; se deben retirar, antes que nada, los primeros horizontes de suelo, que son precisamente aquellos

donde se encuentran las huellas de las poblaciones prehispánicas. Entonces, todo el subsuelo debe ser explorado, a diferentes profundidades y con diferentes grados de detalle. Aun reduciendo el uso de técnicas minuciosas tipo *decapage* a depósitos que realmente lo ameriten y utilizando otras más expeditas, es mucho lo que ha habido que explorar; hasta el momento unos 70 de los más de 100 sitios arqueológicos detectados y mucho del trabajo de laboratorio quedan pendientes.

Años atrás, cuando estábamos trabajando en Calima, Warwick Bray se ufana de que, si en Colombia fuese posible, él podría utilizar un buldócer como herramienta de precisión, para aligerar el trabajo de arqueología. En Malagana nos vimos obligados a aceptar la ayuda de una pala mecánica para levantar una capa gruesa y durísima de cascajo, depositado en época moderna, pero los horizontes prehispánicos los trabajamos con pala y palustre. En nuestro primer sitio investigado en Palestina, procedimos con ortodoxia: cuadrículamos el sitio, hicimos sondeos con pala a intervalos, exploramos con cortes los puntos que los sondeos indicaban. Finalmente, llegamos casi al punto de preguntarnos ¿y ahora qué hacemos? (a los arqueólogos les cuesta trabajo cortar el cordón umbilical que desarrollan con sus sitios). Todo el tiempo, por ahí estaban funcionando los buldóceres de las obras civiles, en las pendientes muy pronunciadas. Entonces, recordé el *bluff* de Warwick, y cuando pareció que habíamos agotado las posibilidades de trabajo en el sitio, tímidamente propuse invitar a un buldócer para que nos descapotara un extremo del sitio, a ver por curiosidad que podría haber más debajo de la gruesa capa de suelo negro. Mis jóvenes colegas se escandalizaron, pero solicité la máquina, me la prestaron y, aunque en este sitio no fue muy revelador su trabajo, sí nos permitió detectar rasgos que se nos habían escapado. De ahí en adelante utilizamos maquinaria para lo que llamamos la segunda etapa de rescate. Logramos convencer a los ingenieros de que si nos facilitaban las máquinas en ese momento, a la mitad de nuestro trabajo iban a tener menos inconvenientes, cuando, una vez terminada esta fase, iniciáramos el monitoreo en la remoción de tierra. En ese momento es posible que haya que parar las máquinas, si algo inesperado aparece.



Figura 7

Equipo del Proyecto de Rescate Arqueológico Aerocafé: arqueólogos, auxiliares, operarios, conductores y mascota. Palestina Colombia, 2010 (archivo de la autora).

Quando iniciamos las exploraciones éramos un grupo pequeño, unas 10 personas. Un número manejable que me permitía participar en las excavaciones; veía con temor la futura incorporación de más personas al grupo. Con el Proyecto Calima había trabajado en un grupo grande, pero la responsabilidad era compartida con mis dos colegas ingleses y todos excavábamos. En Palestina, pronto tuve que encargarme de manejar más de treinta personas y eso significó un cambio en la rutina diaria: ya no pude salir en las mañanas luminosas, en un yipao atiborrado de herramientas y gente, para pasar todo el día al rayo del sol. Sudor, mosquitos y polvo o fango, por un lado; por otro, el disfrute total de un panorama tan hermoso que ha sido declarado patrimonio cultural, el olor de la yerba y el silencio punteado por el ruido lejano de la maquinaria. Ahora el disfrute se reduce a las visitas diarias a las excavaciones y el computador es la principal herramienta que manejo.

El trabajo no es menos arduo, pero tal vez exige menos físicamente. Sin embargo, no es tanto por cuestión de mi edad. La fatiga después de dos meses de excavaciones se hace sentir entre los jóvenes arqueólogos y los estudiantes auxiliares. Es difícil conservar el ritmo de trabajo inicial, pero otra rutina como la de rotación, no es posible cuando se tienen contratos de trabajo fijos, que han sido con frecuencia muy difíciles de lograr y es necesario mantenerse a la delantera de la maquinaria y de los ingenieros.

Es una nueva experiencia eso de vivir en un pueblo año tras año y convertirme en “doña Leonor”, uno de los personajes del pueblo, junto con Maluco (el bobo), Megateo (el loquito) y Rosaurita (la viejita alegre y coqueta).

(Mi hermana y mi sobrino antropólogo a regañadientes revisaron este texto, de la misma manera acepté sus observaciones y les doy las gracias. Lo leyeron también Angélica Quintero e Isabel Crooke, cuya calurosa recepción fue muy grata para mí. Finalmente, también lo leyó Marianne Cardale de Schrimppff, quien puso menos peros que los que yo había temido y también le agradezco).